entre los cuales pudieron distinguirse festivas aclamaciones por la victoria y gritos de terror y de desesperación.

—¡Oíd, señora! — dijo Hayraddin— y felicitaos de no cantar en ese concierto. Tened confianza en mí, y os trataré como corresponde; los astros no faltarán á su palabra, y os procurarán un buen marido.

Abatida por la fatiga y subyugada por el terror, abandonóse por fin la condesa Amelina á sus dos guías, y dejóse pasivamente conducir á donde les dió la gana. Tal era la turbación de su espíritu y extenuación de sus fuerzas, que la digna pareja, que más bien la llevaba arrastrando, que la guiaba, pudo conversar con entera libertad delante de ella, sin que tuviese traza de comprender lo que decían.

— Siempre he mirado vuestro proyecto como una locura — dijo Marta. — Si hubiéseis podido conciliar la unión de los dos jóvenes, todo iba bien: entonces era fácil contar con su gratitud y meter un pié en su castillo; pero ¿cómo pudisteis imaginar que tan lindo y gallardo mozo quisiese cargar con esa vieja loca?

— Rispah — respondió Hayraddin — has llevado un nombre cristiano y vivido tanto tiempo en las tiendas de ese pueblo insensato, que acabaste por participar de sus necedades. ¿Quién había de pensar que algunos años más ó menos fuesen insuperable estorbo para ese joven, cuando hallaba en tal matrimonio tan evidentes ventajas? Á más de que hubiera sido mucho más difícil decidir á esa niña melindrosa á dar un paso aventurado, que á esta condesa que llevamos aquí colgando de nuestros brazos, tan inerte como un fardo de lana. Por otra parte, yo apreciaba á ese joven y quería hacerle bien. Casarle con la vieja era labrar su fortuna: dándole á Isabel, se le hubiesen echado encima Guillermo de la Marck, la Borgoña, la Francia y todos los que tienen interés en disponer de su mano. Luégo, como la principal riqueza de esta boda consiste en oro y alhajas, hubiéramos tenido nuestra parte; pero rompióse la cuerda del arco, y no pudo partir la flecha. No se hable más. La presentaremos á Guillermo el Barbudo: cuando haya apurado algunas botellas, según su costumbre, lo mismo tendrá para él una condesa vieja que otra joven. Vamos, Rispah, valor. ¡El astro Aldebarán continúa todavía ejerciendo su brillante influencia sobre los hijos del Desierto!

CAPÍTULO XXI.

El saqueo.

> Se cerrarán todas las puertas de la clemencia, y el soldado, ebrio de sangre, de corazón bárbaro y endurecido, tendrá para matar una libertad, una extensión de conciencia vasta como el infierno.
>
> SHAKSPEARE. — *Enrique V*, acto III.

Sorprendida y aterrada la guarnición del castillo de Schonwaldt, defendiérase sin embargo por algún tiempo de los acometedores; pero la ciudad de Lieja vomitaba continuamente nuevas turbas de enemigos, que acudían como enjambres de abejas, emprendiendo furiosos el asalto, dividían la atención de los sitiados, y hacíanles perder el valor y la esperanza.

Observábase también gran indiferencia, por no decir traición, entre los defensores, pues mientras unos gritaban que era preciso rendirse, otros, abandonando sus puestos, procuraban escaparse del castillo. Muchos se arrojaron al foso desde lo alto de las murallas, y los que lograban salvarse á nado, despojábanse de todo lo que podía indicar que servían al prelado, é iban á confundirse en el tropel de los acometedores. Algunos, por adhesión á la persona del obispo, se reunieron en derredor suyo en la gran torre donde se había refugiado; al paso que otros, temiendo que no se les daría cuartel, defendíanse con el valor de la desesperación en algunas otras apartadas torres y baluartes del vasto edificio.

Eran ya dueños los enemigos de los patios y de todos los bajos del castillo, y se ocupaban en perseguir á los vencidos y satisfacer su sed de pillaje, cuando un hombre que parecía ir

en busca de la muerte, mientras todos los demás no pensaban más que en los medios de evitarla, esforzóse en abrirse paso entre aquella escena de tumulto y de horror, agobiada su imaginación por temores todavía más horribles que la espantosa realidad que estaba presenciando. Cualquiera que hubiese visto á Quintín Durward aquella noche fatal, é ignorara el móvil de sus acciones, le tomara sin duda por un loco en su mayor acceso de frenesí; pero todo el que estuviese enterado de los motivos que le impulsaban, le elevaría á la clase de los más decantados héroes de novela.

Acercándose á Schonwaldt por el mismo lado de donde saliera, encontró á muchos fugitivos que corrían al bosque, y que, como era natural, procuraban evitarle, tomándole por enemigo, porque venía en dirección opuesta á la que ellos seguían. Cuando estaba más inmediato, vió varios hombres que se arrojaban de lo alto de los muros del jardín al foso ú otros que eran precipitados desde las murallas por los enemigos, y distinguía claramente el ruido que hacían al caer. Esta escena no debilitó un instante su valor. No tenía tiempo para entretenerse en buscar el esquife, aunque hubiese podido servirse de él, y era inútil arrimarse á la pequeña puerta del jardín, donde se agolparan gran número de fugitivos, que empujados por los que venían detrás, caían unos tras otros en el foso, que no tenían medios ni sabían cómo atravesar.

Apartándose pues de aquel paraje, arrojóse Quintín al agua cerca de la que llamaban puerta pequeña del castillo, la que tenía un puente levadizo, que aún estaba alzado. No le costó poco trabajo poder escaparse de los esfuerzos que hacían para agarrarse á él algunos de los infelices que se anegaban, y que hubieran podido causarle la muerte sin evitar la suya. Al llegar nadando hasta el puente levadizo, cogió la cadena de este y desplegando toda su fuerza y ayudándose con las manos y las rodillas, logró salir del agua y ya le faltaba muy poco para alcanzar la plataforma sobre la cual estaba suspendido el puente, cuando un lansquenete corrió á él y levantando su espada ensangrentada, preparóse para darle un golpe que probablemente hubiese sido fatal.

—¡Cómo, bribón! ¿Ese es el modo de ayudar á tu camarada? Pronto, dame la mano.

El soldado sin hablar una palabra, y no sin titubear un instante, le tendió su brazo, y le ayudó á subir á la plataforma. Quintín sin darle tiempo de reflexionar, gritó con el mismo tono: «Á la torre del Oeste si queréis enriqueceros... El tesoro del obispo se halla en la torre del Oeste.»

Cien voces repitieron estas palabras: «Á la torre del Oeste; el tesoro está en la torre del Oeste;» y todos los que pudieron oirlas, semejantes á una manada de lobos hambrientos, corrieron en dirección opuesta al sitio donde Quintín había resuelto llegar muerto ó vivo.

Tomando una actitud de confianza, como si hubiese sido del número de los vencedores y no de los vencidos, fuése en derechura al jardín, donde halló menos obstáculos de los que creía. Los gritos repetidos de «Á la torre del Oeste» llevaran á aquella parte gran número de los asaltadores; y el sonido de los clarines llamaba á los demás para rechazar una salida desesperada que intentaban los defensores de la gran torre en aquel momento, esperando abrirse paso hasta salir del castillo, llevándose consigo el obispo. Quintín cruzó entonces el jardín con precipitados pasos y corazón palpitante, encomendándose á las potencias celestiales, cuya protección le favoreciera en medio de los infinitos peligros que había ya corrido, resuelto como estaba á salir con la suya ó perder la vida en la demanda. Cuando iba á entrar en el jardín, tres hombres corrieron á él con la lanza levantada gritando: «Lieja! Lieja!»

Poniéndose en defensa, pero sin descargar ningún golpe: «Francia! Francia! — contestó Quintín — amigo de Lieja!»

—¡Viva la Francia! — gritaron los tres liejenses — y continuaron su camino.

Las mismas palabras le sirvieron de talismán para evitar los golpes de cuatro ó cinco soldados de Guillermo de la Marck, que estaban dando vueltas por el jardín y se le echaron encima luégo que le vieron, gritando: «Jabalí! Jabalí!»

En una palabra, Quintín empezó á esperar que el concepto en que le tenían de emisario del rey Luís, secreto instigador de los liejenses, y protector oculto de Guillermo de la Marck, podría servirle de salvaguardia en medio de los horrores de aquella noche.

Al llegar á la torrecilla estremecióse al encontrar la pequeña puerta por donde poco antes salieran Marta y la

condesa Amelina para reunirse á él, atestada de cadáveres.

Sin detenerse quitó del paso á dos de ellos, y hacía lo propio con otro, cuando el supuesto muerto agarrándose á su vestido suplicóle que le ayudase á levantarse. Quintín, hallándose detenido en tan mala ocasión, estaba tentado, en lugar de perder el tiempo luchando con aquel antagonista, de recurrir á medios menos suaves para deshacerse de él, cuando oyó que gritaba:

—Yo me ahogo con el peso de mi armadura! soy Pavillón, el síndico de Lieja. Si sois de los nuestros, contad con mis riquezas; si de los enemigos, no importa, yo os protegeré; pero no me dejéis morir como un cerdo en su dornajo.

En medio de esta escena de mortandad y confusión, tuvo Durward bastante presencia de ánimo para reflexionar que acaso por medio de aquel funcionario podría verificar su fuga. Ayudóle, pues, á levantar, y le preguntó si estaba herido.

—No, herido no—respondió el síndico—por lo menos no lo creo; pero no puedo resollar.

—Sentaos en esa piedra, y cobrad aliento—dijo Quintín—dentro de un instante estaré de vuelta.

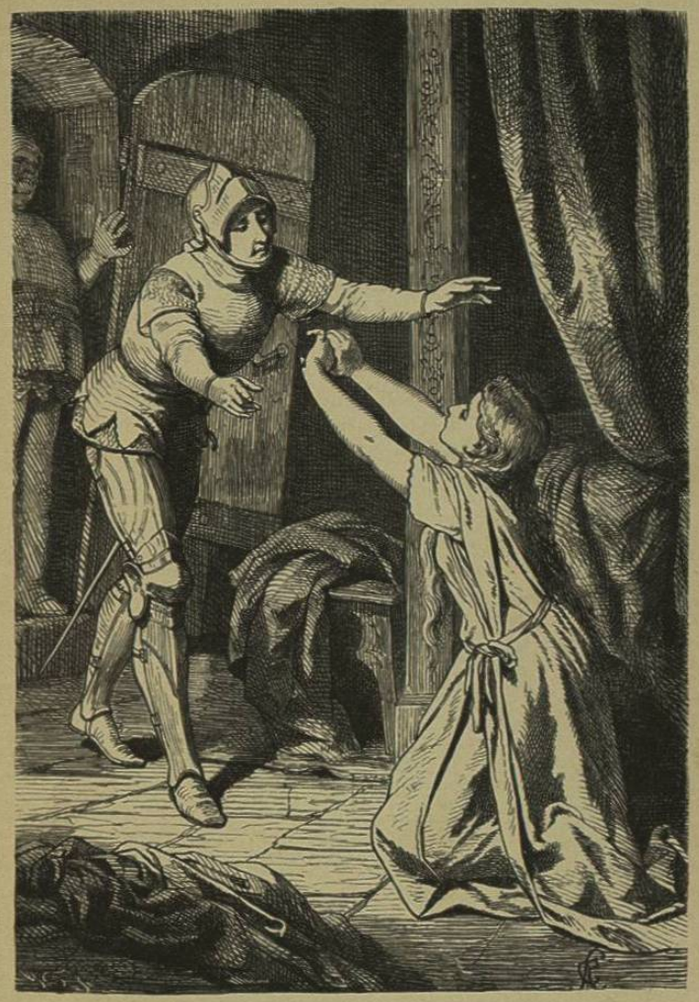
—¿Qué partido seguís?—preguntóle el artesano deteniéndole todavía.

—El partido de Francia—respondió Quintín preparándose á dejarle.

—Eh! este es mi gallardo joven arquero—exclamó el digno síndico.—Puesto que tuve la felicidad de encontrar á un amigo en esta terrible noche, por Dios que no he de separarme de él. Id á donde queráis, que yo os sigo; y si encuentro algunos intrépidos muchachos de mi corporación, acaso podré seros útil á mi vez. Pero están dando vueltas por una y otra parte del castillo como garbanzos dentro de un saco..... ¡Oh qué terrible noche!....

Diciendo esto, iba por decirlo así, arrastrando su cuerpo apoyado en el brazo de Quintín, que conociendo cuánto le importaba asegurarse la protección de un hombre que tal influencia tenía, moderó su pasó, aunque maldiciendo en su corazón el retardo que le ocasionaba su compañero.

Subieron una escalera y el primer aposento que encontraron, era una antecámara donde se veían cajas y cofres abier-



—¡Durward!—exclamó la dama—¿Sóis vos?

tos que tenían traza de haber sido robados; parte de lo que contuvieran estaba disperso por el suelo. Una lámpara colocada encima la chimenea, ofrecía á la vista, al débil resplandor de su moribunda luz, un cadáver ó un hombre sin sentido tendido á lo largo cerca del hogar.

Arrancándose del brazo de Pavillón como un lebrel que arrastra tras sí la correa con que lo lleva atado el cazador y con tal ímpetu que casi derribó á su compañero, arrojóse Durward rápidamente á otro aposento, y luégo á otro, que parecía ser el dormitorio de las condesas de Croye. Ni un alma había en ellos. Llamó á Isabel primero á media voz, luégo más alto, después con el grito de la desesperación. Nada; el mismo silencio que antes. Retorcíase el infeliz joven las manos, arrancábase los cabellos, pateaba con violencia, cuando una débil luz que vió brillar por una rendija de ensambladura en un rincón oscuro del aposento, hízole sospechar que acaso podía haber una puerta secreta que comunicase con algún gabinete. Examinólo más detenidamente y vió que, en efecto, no se había engañado. Probó de abrirla, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Despreciando por fin el peligro á que le exponía semejante tentativa, precipitóse sobre la puerta impeliéndola con toda la fuerza y peso de su cuerpo; y fué tal la impetuosidad de su esfuerzo inspirado parte por la esperanza y parte por la desesperación, que aun cuando tuvieran doble solidez la cerradura y los goznes, no hubieran resistido.

De este modo violento se abrió paso, entrando en un pequeño oratorio, donde una mujer, poseída de toda la angustia del terror, había estado de rodillas dirigiendo al cielo sus plegarias ante una santa imagen; pero al oir el estrépito que hizo Quintín derribando la puerta de su retrete, nuevo terror se apoderara de ella y había caído al suelo sin sentidos. Corrió el joven á socorrerla y la levantó... ¡Oh alegría inexplicable!... era la que tanto anhelaba salvar... era la condesa Isabel. Estrechóla contra su corazón... suplicóle que se alentara, que se entregase á la esperanza, pues tenía á su lado un hombre cuyo valor y brazo la defenderían contra ejércitos enteros.

—¿Sois vos, Durward?—exclamó por fin volviendo en sí. —¿Con que puedo tener alguna esperanza? Yo creía que

todos mis amigos me habían abandonado á mi desgraciado destino. ¿No os separaréis de mí, no es verdad?

—Jamás, jamás!—contestó Durward.—Venga lo que viniere: amontónense sobre nosotros todos los peligros; antes pierda la felicidad que nos promete esa santa imágen, si no participo de vuestra suerte hasta que se torne más dichosa.

—¡Muy patético, muy interesante á la verdad!—dijo una voz fatigada y asmática á sus espaldas—una escena de amor á lo que veo. Por vida mía, que la pobre jovencita me inspira tanta compasión como si fuese mi hija, mi querida Trudchen.

—No debéis limitaros á una compasión estéril, señor Pavillón—dijo Quintín volviéndose á él.—Es preciso que me ayudéis á proteger á esta señora. Juro que vuestro aliado el rey de Francia la colocó él mismo bajo mi especial custodia; y si no me auxiliáis para ponerla á cubierto de toda especie de insulto y de violencia, la ciudad de Lieja perderá la protección de Luís de Valois. Debemos impedir sobre todo que caiga en poder de Guillermo de la Marck.

—Eso será difícil—respondió Pavillón—pues esos bribones de lansquenetes son el mismo diablo para descubrir las muchachas bonitas; pero haré cuanto esté de mi parte. Pasemos á ese otro aposento y allí reflexionaré. La escalera es angosta; podréis guardar la puerta armado de una pica, mientras que yo desde la ventana llamaré á algunos de mis buenos mozos de la corporación de curtidores de Lieja, que son leales como las navajas que llevan en sus cintos. Pero ante todo, desasidme esos broches. No había llevado este coselete desde la batalla de Saint-Tron (1) y peso ahora á lo menos cuarenta libras más que entonces, si no mienten las balanzas de mi taller.

El buen hombre se sintió muy aliviado sin el peso de su armadura de hierro; pues al ponérsela había consultado menos sus fuerzas que su celo por la causa de Lieja. Súpose después que el magistrado, impelido en cierto modo por los

(1) Fué dada esta batalla por los insurgentes de Lieja contra el duque de Borgoña Carlos el Temerario, entonces conde de Charolais, quien los derrotó completamente, haciendo en ellos una gran matanza.

individuos de su corporación, á cuyo frente venía, había sido izado á lo alto de las murallas por algunos de sus soldados que contribuían al asalto; que allá siguiera involuntariamente el flujo y reflujo de los combatientes de ambos partidos, sin poder pronunciar siquiera una palabra; y que semejante por fin á un madero que arroja el mar á la playa de alguna bahía, había sido definitivamente tumbado á la entrada de la habitación de las condesas de Croye, donde el peso de su armadura, agregado al de los dos hombres muertos allí mismo y que le cayeron encima, hubiérale tenido por largo tiempo en penosa actitud, si no llegara Durward para ayudarle á levantarse.

Si el entusiasmo de su temperamento y el espíritu de partido hacían de Hermán Pavillón en política un revoltoso, un hombre con los cascos á la gineta, un exaltado y turbulento patriota, las mismas causas producían en él más suaves efectos en la vida privada, pues era humano y pacífico; y si alguna vez desviábale algo la vanidad de la recta senda, podíase contar siempre con su buena voluntad y sanas intenciones. Encargó á Quintín que tuviese muy particular cuidado con la hermosa *yung frau;* y después de esta exhortación, poco necesaria á la verdad, asomóse á la ventana y púsose á gritar con todas sus fuerzas:

—Lieja! Lieja! Valiente corporación de curtidores!

Dos miembros de aquella ilustre compañía acudieron á sus voces, y al silbido particular de que fueron acompañadas (pues cada una de las corporaciones de la ciudad adoptara una seña por el estilo) juntáronsele muchos otros de los suyos y formaron una guardia que se colocó delante de la puerta al pié de la ventana en que veían á su jefe.

Parecía haberse restablecido entonces en el castillo alguna tranquilidad. Toda resistencia había cesado, y los caudillos de las diversas clases que había de acometedores, tomaban medidas para impedir un saqueo general. Oyóse tocar la campana principal para convocar un consejo de guerra: y como su lengua de bronce anunciaba á Lieja la victoria de los insurgentes y la toma del castillo, todas las campanas de la ciudad se echaron á vuelo, y sus distantes y clamorosos sonidos parecían contestar en su idioma: «¡Gloria á los vencedores!» Hubiera sido muy natural que el señor Pavillón saliese enton-

ces de su fortaleza; pero fuese temor de que se atropellara á sus protegidos, ó precaución para la mayor seguridad de su propia persona, ello es que se contentó con mandar uno y otro mensajero para dar orden á su lugarteniente Peterkin Geislaer de venir á reunírsele sin demora.

Llegó finalmente Peterkin con gran satisfacción suya, pues en toda urgente ocasión ó delicada circunstancia en que se tratase de guerra, política ó comercio, Pavillón solía depositar en él su confianza entera. Era un mozo robusto, rechoncho, que parecía hecho á puñetazos, anchísimo de cara y con negras cejazas que indicaban ser hombre de pocos amigos. Llevaba un coleto de piel de búfalo con un cinturonazo que sostenía su machete, y tenía una alabarda en la mano.

—Peterkin, mi amado lugarteniente—le dijo su comandante—¡qué glorioso día!... noche, quería decir. Creo que por esta vez á lo menos estarás contento.

—Lo estoy mucho de que vos lo estéis—respondió el belicoso lugarteniente—pero si llamáis á esto una victoria, no aguardaba vérosla celebrar encerrado en un granero, cuando estáis haciendo falta en el consejo.

—¿Estás bien seguro de que hago falta, Peterkin?

—Sí, voto á tal; hacéis mucha falta para sostener los fueros de la ciudad de Lieja, que se hallan en mayor peligro que antes.

—Vamos, vamos, Peterkin; ya conocemos tu genio: eres un mal contento, un regañón.

—¡Yo un regañón! No, á fe mía. Paso por todo lo que pasan los demás; pero no me gusta tener por rey á la cigüeña en lugar del madero, como dice aquella fábula que el cura de san Lamberto nos ha leído muchas veces en el libro del señor Esopo.

—No comprendo lo que quieres decir, Peterkin.

—Pues bien; debéis saber, señor Pavillón, que ese jabalí parece quiere establecer su cubil en Schonwaldt, y es probable que encontraremos en él tan mal vecino como era el viejo obispo, y acaso peor. Cree que sólo hemos asaltado el castillo para él; y toda su dificultad consiste en si se mandará llamar príncipe ú obispo. Es una vergüenza ver cómo han tratado á ese anciano sacerdote.

—Yo no lo toleraré, Peterkin—exclamó Pavillón, tomando un aire de importancia—aborrecía la mitra, pero no quiero

mal á la cabeza que la lleva. Somos diez contra uno, Peterkin, y no debemos tolerar semejantes abusos.

—Sí, diez contra uno en el campo; pero en este castillo debemos considerarnos uno contra uno. Por otra parte, Nickel Blok, el carnicero, y toda la canalla de los arrabales se declaran por Guillermo de la Marck, tanto porque ha mandado quitar el fondo á todos los toneles de cerveza y barricas de vino, como á causa de su antigua rivalidad contra nosotros que somos los principales de la ciudad y gozamos de sus privilegios.

—Peterkin—dijo Pavillón levantándose—volvámonos á Lieja al instante mismo; no quiero permanecer un momento más en Schonwaldt.

—Pero los puentes están alzados, las puertas cerradas, y bien custodiadas por los lansquenetes. Si queremos abrirnos paso, nos exponemos á que nos dén una buena tanda, pues esos bribones están acostumbrados á aporrearse todos los días y nosotros sólo los días de fiesta.

—Pero, ¿por qué ha mandado cerrar las puertas?—preguntó el síndico asustado.—¿Á qué detener aquí como prisionera á la gente honrada?

—No lo sé, á fe mía: maldita la palabra que entiendo. Háblase de las señoras de Croye que se han escapado durante el asalto. Luégo que dieron esta noticia al Barbudo, se puso tan furioso que casi llegó á perder la cabeza; y ahora la ha perdido, en efecto, á fuerza de botellas.

El burgomaestre dirigió una mirada de desolación á Quintín, y no sabía qué resolver. Durward, que no había perdido una palabra de esta conversación, la cual le puso en gran cuidado, conoció que el modo de no perder la esperanza era conservar su presencia de ánimo y sostener el valor de Pavillón. Determinóse pues á tomar parte en la conversación, como si tuviese voz y voto en ella.

—Me maravilla mucho, señor Pavillón, veros indeciso en punto á lo que debéis practicar en este lance. Id á encontrar osadamente á Guillermo de la Marck. Decidle que queréis salir del castillo vos, vuestro lugarteniente, vuestro escudero y vuestra hija. Nada podrá alegar para negároslo.

—Yo y mi lugarteniente, es decir, yo y Peterkin, está muy bien; pero ¿quién es mi escudero?

—Yo por ahora—respondió el intrépido escocés.

—¡Vos!—dijo el artesano algo confuso.—¿Pues no sois el enviado de Luís, rey de Francia?

—Sin duda; pero mi mensaje es para los magistrados de Lieja, y no le daré cumplimiento en otra parte sino en Lieja misma. Si confesara mi calidad á Guillermo de la Marck, ¿no sería preciso entrar en negociaciones con él? ¿No me detuviera probablemente aquí? No; es menester que me proporcionéis salir secretamente del castillo en calidad de escudero vuestro.

—Sea enhorabuena, escudero mío; pero también, si no me engaño, hablasteis de mi hija. Espero que á estas horas se halla muy tranquila en mi casa. ¡Ojalá que su padre pudiese decir lo propio! Lo deseo con todo mi corazón y toda mi alma.

—Esta señora—dijo Durward—os llamará su padre mientras estemos en el castillo.

—Y por todo el resto de mi vida—dijo la condesa echándose á los piés del síndico y abrazando sus rodillas—si me socorréis en este inminente peligro; y nunca se pasará un solo día sin que os ame y venere como á mi padre, y sin que ruegue por vos al cielo cual una hija por el autor de sus días. Oh!..... no me desatendáis; representaos á vuestra hija á los piés de un extranjero, pidiéndole la vida y el honor; y si este espectáculo os conmueve, dispensadme la protección que quisiérais que ella alcanzare.

—Á fe mía, Peterkin—dijo el buen síndico enternecido por tan patética súplica—que esta linda muchacha tiene un mirar tan expresivo como nuestra Trudchen: ya se me ocurrió esta idea en el mismo instante que la vi; y este joven, tan vivo y pronto á dar su parecer, tiene también un no sé qué parecido á su novio. Apostaría un *groat*, Peterkin, á que en este lance entra por algo el amor, y sería un delito dejar de favorecerlos.

—Un delito y un oprobio—dijo Peterkin enjugándose los ojos con el faldón de su coleto, pues á pesar de toda su presunción y arrogancia, no dejaba de ser un bueno y honrado flamenco.

—Pues bien; ella será mi hija—dijo Pavillón—como se cubra bien en su gran velo negro; y si no hubiese curtidores harto decididos para proteger á la hija de su síndico, merecerían no encontrar en su vida pieles que curtir... Pero, un momento; es necesario responder á las preguntas: ¿de qué modo lo gobernamos si me preguntan cómo ha podido encontrarse mi hija en semejante sarracina?

—¿Sabéis por qué nos han seguido hasta el castillo la mitad de las mujeres de Lieja?—dijo Peterkin—Porque siempre comparecen donde no debieran... Vuestra *yung frau* Trudchen avanzó algo más que las otras, y punto concluído.

—¡Admirable idea!—exclamó Quintín.—Vamos, noble señor Pavillón, un poco de osadía. Seguid ese buen consejo, y sin apenas molestaros haréis la mejor acción que se ha visto desde el tiempo de Carlomagno. Y vos, señorita, tapáos bien en ese velo (pues había esparcidas por el suelo muchas prendas del traje femenino): procurad estar serena, y pocos minutos bastarán para poneros libre y en entera seguridad. Vamos, señor mío, adelante.

—Un momento, un momento—dijo Pavillón—tengo aún molestos pensamientos. Ese De la Marck es un diablo, un verdadero jabalí, tanto por el carácter como por el nombre. Si esa joven fuese una de las condesas de Croye y llegase él á descubrirlo, ¿quién sabe hasta dónde podría llevar su furor?

—Y aun cuando fuese yo una de esas desgraciadas mujeres—exclamó Isabel queriendo echarse de nuevo á sus piés—¿podríais por eso abandonarme en este momento de desesperación? Oh que no sea yo verdaderamente vuestra hija; la hija del más infeliz artesano!...

—No tan infeliz, señorita, no tan infeliz. Gracias á Dios, pagamos lo que debemos—dijo el ciudadano.

—¡Perdonadme, noble caballero!—dijo la desgraciada doncella.

—¡Oh no! eso tampoco—respondió Pavillón:—ni noble ni caballero; nada más que un simple artesano de Lieja que paga sus letras de cambio en dinero efectivo de oro ú plata... Pero todo esto no es del caso... aun cuando fuéseis una condesa, no dejaría de protegeros.

—Estáis obligado á ello, aunque fuese una duquesa—dijo Peterkin—ya empeñasteis la palabra.

—Tienes razón, Peterkin, tienes mucha razón—respondió Pavillón.—No debemos olvidar nuestro antiguo proverbio flamenco, *ein wort, ein man*. Ahora es preciso obrar. Tenemos

que pedir permiso á ese Guillermo de la Marck, y las fuerzas me abandonan cada vez que pienso en ello. Quisiera que fuese posible dispensarnos de esa ceremonia.

—Ya que tenéis fuerzas á vuestra disposición—dijo Quintín—¿no sería mejor tomar el camino de la puerta, y abrirnos paso con las armas?

Pero Pavillón y su consejero contestaron unánimes que no convenía atacar así á los soldados de un aliado; y añadieron acerca de la temeridad de esta empresa algunas reflexiones que dieron á conocer á Durward que sería imprudente intentarlo con tales compañeros. Resolvieron, pues, dirigirse osadamente al gran salón, donde tenían entendido que el Jabalí de las Ardenas estaba celebrando un banquete, y pedir para el síndico de Lieja y su compañía el permiso de salir del castillo, demanda que parecía harto razonable para no ser otorgada. Sin embargo, el buen burgomaestre gemía y suspiraba mirando á sus compañeros, y dijo á su leal Peterkin:

—Hé aquí lo que es tener un corazón demasiado tierno y sensible. ¡Ay, Peterkin! cuánto me han costado ya mi valor y mi humanidad! Y ¡cuánto me costarán acaso mis virtudes todavía, antes que el cielo nos permita salir de este infernal castillo de Schonwaldt!

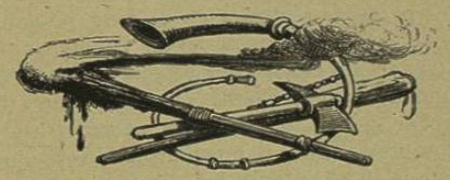
Atravesando los patios, cubiertos aún de muertos y moribundos, Quintín sosteniendo á Isabel en medio de aquella escena de horror, la consolaba y alentaba á media voz, recordándole que su seguridad dependía enteramente de la presencia de ánimo y firmeza que mostrase.

—Nada.., nada depende de mí—respondió ella;—con vos cuento únicamente... Oh! si logro escaparme de los horrores de esta noche, jamás olvidaré al que me habrá salvado. Pero tengo todavía que pediros una gracia: os suplico que me la concedáis, por el honor de vuestra madre, por el valor de vuestro padre!

—¿Qué podríais pedirme, señora, que no estéis segura de obtener?—respondió en voz baja Durward.

—Pues bien; clavadme un puñal en el corazón, antes que dejarme cautiva de esos monstruos.

Quintín no respondió á esto sino apretando la mano de la hermosa condesa, que parecía querer expresarle su gratitud por el mismo estilo, si el temor no se lo hubiese impedido.

Por fin, apoyada en el brazo de su joven protector, entró en el formidable salón donde estaba De la Marck, precedida por Pavillón y su lugarteniente, y seguida de una docena de mancebos curtidores que formaban la guardia de honor de su síndico.

Cuando se iban acercando á aquella sala, las estrepitosas carcajadas, confusas aclamaciones y feroces gritos que se oían en él, parecían indicar más bien una orgía de demonios, celebrando un festín de regocijo por alguna victoria obtenida sobre la raza humana, que reunión de amigos que solemnizan el buen éxito de una empresa. Un firme propósito que sólo podía haber inspirado la desesperación, sostenía el valor ficticio de la condesa Isabel; mas el verdadero é impertérrito de Durward parecía aumentarse con el peligro. Pavillón y su teniente, haciendo de la necesidad virtud, eran como los osos atados á un poste, que se ven obligados á sostener un ataque peligroso que no pueden evitar.